que Dios en su bondad infinita le ha concedido

las alas de la esperanza. Prescindamos de la

esperanza, y hemos suprimido el arte: ¿qué

otra cosa es sino obra de la esperanza ese poder

en cuya virtud el llamado genio de la escultura

toma un pedazo de mármol, y comienza á ver el

busto que proyecta; el llamado genio de la pin-

tura prepara el lienzo y mira ya la sonrisa de la

virgen que va á delinear; el llamado genio de

la música empieza á combinar sus notas, y pre-

siente la armonía de su obra; el poeta, por últi-

mo, no ha comenzado á cantar, y sabe que la inspiracion va a descender á su excitada fanta-

sía, y se deleita en la hermosura aun no creada

de sus cantos? ¿Quién sino la esperanza, puso la

primera piedra en la catedral de Colonia y en el

monasterio del Escorial; quién trazó el primer

rasgo del Pasmo de Sicilia; quién inspiró á Hay-

den y Mozart sus melodías dulcísimas; quién guió

la mano de Miguel Angel; quién dictó el primer

verso de la inmortal Gierusalemme? La espe-

ranza, movida por una voluntad firme, por un

amor puro é intenso. La voluntad, se ha dicho

con justicia, es la mitad del genio; pero la fe es

por lo ménos la mitad de la voluntad. El talen-

to es el principio del arte: cierto; pero el amor á

lo bello es su condicion esencial: más prodigios

de arte ha hecho el amor que el talento. El hombre de ciencia necesita cabeza y corazon; el hombre de arte necesita corazon y cabeza.

Los pueblos politeistas que no llegaron à la nocion perfecta del amor, materializaron el arte: no comprendieron la unidad suprema, ni por tanto el tipo soberano de la belleza: bajaron la divinidad hasta la tierra; mal pudieron subir la inteligencia ni el corazon hasta los cielos.

Si el racionalismo desechando la fe envenena la ciencia; si el egoismo excluyendo la caridad representa el suicidio social, el fatalismo oscureciendo la esperanza enrarece el aire donde el arte respira, y ahoga el arte.

El fatalismo, que tiene á ménos creer en Dios, y no se avergüenza de creer en el acaso, comienza por negar que el mundo sea una obra armónica creada; continúa desconociendo al Supremo Artista de la creacion, y termina por entregar el mundo á la horrible monotonía del quietismo, á la nulidad absoluta del progreso. Es inútil preguntar por las artes en los pueblos donde ha dominado ese sistema, ó mas bien esa pereza respecto de todos los sistemas execrada por la historia y por la razon con el nombre de fatalismo.

La doctrina evangélica, que condena el racionalismo inculcando la fe, y que rechaza el egoismo predicando la caridad, destruye el fatalismo haciendo de la esperanza una virtud. La doctrina celestial del Evangelio da al alma un poder magnífico, el poder de la esperanza; y da al genio unas alas sobrenaturales para que vuele al ideal de la Belleza: las alas de la esperanza. Bendiga, pues, el arte, como bendicen las ciencias, como bendicen las sociedades cultas, el espíritu eminentemente progresivo de la doctrina católica!

CAPITULO IV

DE CÓMO EL CRISTIANISMO HA REALIZADO EL PROGRESO.

I

Al terminar el capítulo primero, dijimos «que el último hálito devida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele á la humanidad por la senda del progreso.» Y en efecto, si filosóficamente, á priori, el cristianismo señala el principio de todo progreso científico, artístico y social, históricamente, á posteriori, es demostrable y patente el desarrollo de ese progreso científico, artístico y social por virtud del cristianismo.

San Pablo escribió en su Epístola á los hebreos: «Jesucristo era ayer, y es hoy, y será en los siglos.» Jesucristo es el Verbo, y el Verbo era en el principio. Jesucristo, prodigio de amor, murió por los hombres, y quedó entre los hombres por un misterio de amor: al terminar en la tierra su vida de Hombre, dejó en la tierra establecido su reinado de Dios, reinado que durará mas que